

animales, claro es que su extensión tiene que ser ilimitada si ha de mostrarnos el que ha realizado la especie humana.

Todo lo que hay escrito puede considerarse como la historia de la humanidad, puesto que es su producto y la manifestación de su inteligencia.

Las edades prehistóricas sólo puede conocerlas la ciencia, por un raciocinio inductivo.

Nosotros no tratamos de emprender una tarea tan árdua y difícil como lo es, la de formar la historia de la humanidad. Nuestro propósito es estudiar la vida del hombre; pero como éste—según se cree—vive tan poco tiempo sobre la tierra, considerándole sólo una existencia, por esto si intentamos darnos cuenta exacta de su vida, tendremos que estudiarla, no en el individuo, sino en la especie.

¡Tristes, muy tristes son los primeros pasos del hombre sobre la tierra! pues éste no es el soberano que nos presenta la Biblia, teniendo el señorío sobre todo lo criado. Su estado es muy inferior al que en el Génesis se le supone, tan inferior, que apenas se distingue de los animales, sus progenitores.

Al hombre del primer día casi no se le debe dar tal nombre, porque verdaderamente es el sér de transición entre éste y el animal; pero no nos horroricemos, porque si su principio es humilde y hasta se puede decir miserable, su fin es grande.

La fuerza progresiva, esto es, la que da distintas agrupaciones al átomo, va por el paso siempre de avance dando formas más perfectas y complicadas á la materia, en sus tres reinos; pero debe advertirse que ya en el dominio de lo orgánico la fuerza se multiplica, y constituye distintas fuerzas independientes.

Por esto hemos dicho que la fuerza unida al átomo, que

es la que le da sér, le es inseparable, porque la separación equivaldría á la destrucción: pero esta fuerza multiplicada sirve para dar cohesión á la molécula, debiendo advertir, que aunque es la misma fuerza multiplicada, por este solo hecho puede aplicársele la división, lo que es igual á decir, que en la molécula hay dos fuerzas: la del átomo y la que le es propia, lo que constituye una unión de fuerzas.

Tenemos definidas estas fuerzas químicas y podríamos hacer la separación de las demás; pero como ésto sólo es una reseña de los progresos de la fuerza, pasamos á una de sus transiciones más interesantes como lo es, la multiplicación y cambio de las fuerzas químicas, en plasto-dinámicas.

Esta nueva multiplicación trae consigo otra división muy radical, pues se presenta por ella una nueva fuerza, independiente y distinta de las que le han dado origen.

La fuerza vital sigue su multiplicación y divisiones, que no la llevan todavía al carácter de nueva fuerza; pero sí de distintas individualidades con voluntad propia, más ó menos desarrollada. En este paso domina sobre el reino animal; pero llega, por fin, el período de una nueva transición.

La individualidad animal más inteligente consigue tener la conciencia de su sér de una manera racional, y entonces hay nueva multiplicación y división de la fuerza.

En este período la fuerza se individualiza: no se divorcia de la materia, pero trata de imponerse á ella y busca el camino para conocer sus leyes, con el fin de convertirla en su dócil instrumento.

Todos los períodos que acabamos de enumerar son lentos y confusos. Su paso queda inadvertido por espíritus poco observadores; pero llega no obstante á conocerse el

cambio radical cuando se hace la comparación, salvando las distancias.

Cuando la fuerza individualizada en el hombre aspira á la inmortalidad, se caracteriza en él, de una manera suficiente, lo que se llama el espíritu.

*
* *

El hombre no es sólo un animal, como indudablemente lo sería, si careciera de un espíritu inmortal. Por lo tanto, hay hechos en él que pertenecen al animal y acciones que corresponden al hombre; esto es, al espíritu, unido á la materia. Tratemos, pues, de separar los unos de los otros.

La inclinación ó instinto—á lo que llamamos pasión en el hombre—es la que hace progresar al animal.

El ser humano primitivo, siendo en su primer período más animal que hombre, no conocía más estímulo para su progreso que el que acabamos de mencionar; pero el hombre exalta su pasión con el deseo.

Con éste abusa—cosa que no puede el animal, por ser el deseo una facultad del espíritu—y el abuso en la pasión engendra el vicio.

En un principio no conoce los estragos que éste causa y es víctima de él; pero el amor infinito, que en todo obra, determina que estos mismos males causados por el vicio, sean el maestro que enseña á buscarles correctivo.

Todo mal reclama remedio, y como éste no consiste en el alivio del dolor sino en prever la causa y combatirla hasta su total desaparición, de aquí que la virtud sea una cosa real y estable, y de ninguna manera convencional, como muchos lo afirman.

En efecto: Tomemos como punto de comparación los vi-

cios de la gula y la lascivia—hijos del abuso en las pasiones naturales de conservación y reproducción,—y éstos nos dejarán ver que sus estragos no pueden ser desterrados en manera alguna sino por su antídoto, es decir, por las virtudes, templanza y castidad.

Con lo expuesto creemos queda plenamente manifestado de donde toman origen, el vicio y la virtud.

El organismo es una máquina que, movida por una fuerza, toma el movimiento que ésta le imprime.

Por eso vemos que las familias de varias especies animales, obran de una manera idéntica á sus progenitores, sin que sea necesaria para practicar su industria, la enseñanza de sus mayores.

Se ve, no obstante, que estas máquinas no son tan ciegas como las que fabrica el hombre, pues tienen un principio de voluntad. Esta voluntad es la fuerza vital que se ejercita para declararse más tarde una individualidad, inmaterial é inmortal, después de su paso ascendente por las distintas formas materiales.

Llegada esta fuerza á este punto, ya no está sujeta á debilitarse, ni puede perderse, sino que conserva siempre toda su intensidad é independencia, cuyo carácter es el que la hace inmaterial.

No por esto se crea que se aísla ó divorcia en absoluto de la materia; pero sí puede, según su progreso, tomarla con libre voluntad, como instrumento, para sus manifestaciones.

Esto lo hace eligiendo en un período su materia aquí, y en otro allá, sin que en estos cambios pierda su individualidad, ni pueda dualizarse.

La conciencia de la individualidad espiritual es confusa, mientras el espíritu no ha llegado á cierto grado de progre-

so, y sobre todo cuando se encuentra unido á la materia carnal.

Otra objeción que se nos puede hacer es: que siendo en la naturaleza todo progresivo, si los seres se suceden unos de otros y la fuerza se bifurca en su progreso, hasta constituir el espíritu humano, no existe la creación, puesto que son los mismos principios de la materia, que va modificándose, y que por lo tanto todo es producto de la misma; con lo que queda probado que Dios, sólo existe en la mente de los teólogos.

Este raciocinio no pasa de ser un absurdo; porque aun admitiendo que la materia sea de toda eternidad—lo que no es cierto,—no puede probarse en manera alguna que venga de sí misma; mientras es fácil manifestar que siendo progresiva y marchando de lo simple á lo compuesto y de lo imperfecto á lo perfecto, su origen es un manantial del cual mana la naturaleza la perfección, que sucesivamente va manifestando.

La materia es, porque existe el movimiento que la elabora. El movimiento, para que la materia no perezca, tiene que ser perpétuo, y siendo perpétuo es eterno.

Por lo tanto, el origen del movimiento es el sér Criador, y la creación es eterna é inmutable, puesto que el movimiento en el Universo es siempre de igual intensidad. Además, ese movimiento eterno es creación, porque la fuerza que emana de ese foco de todo movimiento se individualiza, para tornar por toda la eternidad al punto de donde partiera, que es Dios, principio de todo lo existente y fin necesario, al que jamás podrá llegar ningún sér criado.

*
*
*

El hombre orgánico es una máquina movida por la fuerza vital. El organismo, compuesto principalmente de cua-

tro elementos que son: el hidrógeno, el oxígeno, el carbono y el azoe, reune con sus distintos elementos distintas fuerzas, figurando como primitiva la que les da sér á los átomos.

Atraídos éstos en distintas proporciones por otra fuerza, forman las varias moléculas correspondientes cada cual al elemento que viene á constituirse en tal, por la colocación y número variable de átomos,

Las moléculas, formadas por la cohesión de los átomos y constituyendo elementos gaseosos—que por tal motivo están privados de una nueva cohesión, que debía unir las moléculas si se tratara de cuerpos líquidos ó sólidos—son atraídas por la fuerza vital que, agrupándolos de una manera especial en cada órgano, produce los músculos, tendones, arterias, tejidos grasos, etc., etc.

Aunque no son éstos los únicos elementos que componen el cuerpo humano, los enumeramos de preferencia, por ser los que principalmente lo forman; y si hemos dado esta pequeña y muy incompleta descripción, ha sido con el único objeto de reseñar las distintas fuerzas que funcionan en la máquina corporal del hombre, y sin más fin que marcar los distintos grados de progreso de la fuerza; pues mientras que la más rudimentaria no tiene otro oficio que dar el sér al átomo, la que le sigue entra en labores de mayor complicación para dar origen á moléculas que deben presentar distintas formas y propiedades, para que esta diversidad sirva á los distintos elementos que la naturaleza nos presenta.

La fuerza vital necesita mucha mayor inteligencia, pues ella casi con sólo los gases que se han enumerado forman esa máquina complicadísima, que se llama el organismo animal. Y no siendo bastante el trabajo de organizar llama á esa fuerza tan conocida en la Química, la cohesión, y la co-

loca en su lugar, para mantener la forma del organismo, hasta un período de tiempo más ó ménos largo, después que la fuerza vital abandona los cuerpos.

Todavía no es bastante esta fuerza como auxiliar de la vital, sino que reúne todas las que presenta la naturaleza, para quedar como motor y director de este gran trabajo que se llama vida, cuando el cuerpo está formado.

Todo objeto mecánico tiene que funcionar con una regularidad y orden admirables, por lo tanto, una máquina no puede servir como un agente universal en toda clase de trabajos, y muy raro es el mecanismo que puede destinarse á dos ó más fines.

Más sabia la naturaleza que el hombre, ha construido una máquina en el cuerpo humano que puede acomodarse á todos los usos; pero ésto sólo puede realizarse con la condición expresa de tener un director que, guiando los movimientos á determinadas partes, produzca los que se propone.

Este director da el mandato por una voluntad libre, y la máquina, que por medio de la fuerza vital está en acción, obedece en todo aquello que no es contrario á su mecanismo.

Para comprender los oficios que tienen las distintas fuerzas que en el hombre concurren á sus manifestaciones, preciso es entrar en un orden de comparaciones.

El animal no tiene más director en sus funciones que la fuerza vital, y sin embargo, éstas parecen hallarse muy lejos de las de una simple máquina. Esto es porque no tenemos la costumbre de juzgar como tal un mecanismo tan complicado. Tratemos, no obstante, de analizar algunas de sus funciones.

El animal es incuestionable que posee una voluntad. Es-

ta, para merecer tal nombre, tiene que obrar con cierta libertad, libertad por la que el animal puede moverse ó estar quieto según lo ordena su voluntad. Pero esta libertad no es bastante para que por el mandato de la voluntad dejen de tener su imperio las necesidades orgánicas sobre el cuerpo, ni puede sujetarse el animal á actos contrarios á los que la naturaleza le destina.

Hay varias experiencias y afirmaciones por las cuales se asegura que el animal puede imponerse privaciones y estar sujeto en cierto modo á determinadas prescripciones morales; pero ésto no es sino efecto de la educación que el hombre le da, valiéndose siempre, para conseguirlo, de sujetarlo á privaciones y á dolorosos castigos.

La gran dificultad que se presenta siempre para encontrar la línea divisoria entre el animal y el hombre, estriba en que no se quiere tener en cuenta que el hombre, en cuanto su sér corporal, no es más que un paso adelante en la escala del tercer reino.

Se busca en el hombre esa creación especial llevada á cabo por las manos del Sér Supremo, lo que en tal caso la línea que lo separa del animal debía ser palpable. Y mientras esta creencia se arraiga en unos, otros, que se han dedicado al estudio de la naturaleza, no quieren reconocer en el hombre más sér que el material.

Nosotros que sabemos que el hombre es, en cuanto lo corporal, el descendiente del animal, y que aun en su parte espiritual es debida á la individualización de la fuerza vital, no debemos buscar una separación que aisle al hombre del animal, ni tampoco debemos conformarnos con que se le confunda con éste, perecedero como sér individual.

*
* *

La fuerza vital es más inteligente en el animal que en el hombre. La razón de esta superioridad es porque en el animal obra no sólo como fuerza motriz, sino también como principio inteligente.

Esta afirmación es fácil de comprobar, pues vemos al animal desde su más tierna edad, dotado de un instinto tan poderoso que no solo le sirve para satisfacer las necesidades de la vida, sino que le da el conocimiento innato de un arte, llevado en algunas especies hasta un grado prodigioso, como lo manifiestan el castor y la golondrina, entre muchas que se podrían citar.

La observación atenta del reino animal, puede servir para dar una prueba de que el hombre, considerado sin un principio espiritual, es de los seres menos favorecidos por la naturaleza; pues mientras el bruto necesita pocos cuidados por parte de sus progenitores, él moriría incuestionablemente, si se le tratara como aquellos.

El hombre viene al mundo desnudo y carece de armas ofensivas y defensivas, para sostener con ventaja la lucha por la vida. Esto no sólo acontece en el estado primitivo, sino que también se observa en la actualidad.

El sér humano del primer día es probable que sea el tránsito entre los ménos clasificados en el orden de los primatos y el hombre prehistórico, encontrado este último como restos fósiles, y considerado por la ciencia como primitivo.

No se han encontrado todavía evidentes pruebas de la existencia de esta familia transitoria, mas, la razón de esto estriba en que su reinado sobre la tierra fué de corta duración, por no ser numerosa. Además, lo desfavorable de

sus circunstancias naturales para luchar con ventaja, la hizo capaz de verificar un violento tránsito.

Poseedor el hombre primitivo de un espíritu, que aunque rudimentario era bastante para que formara tribus, nos dejó sus despojos en aglomeraciones que han podido servir á la ciencia para fundar suposiciones acerca de la industria en su cuna, cuya época la han denominado edad de la piedra pulimentada.

No es esta sola la familia que puede contarse entre las extinguidas, sino que son muchas, y otras hay que también se encuentran cerca de su extinción, como son las de los grandes monos. Esto no porque su inteligencia sea escaza, pues sabido es que después del hombre ellos son los animales más inteligentes, sino por encontrarse en circunstancias desfavorables para sostener la lucha por la vida.

El hombre es sobre éste un soberano que, por su inteligencia, se ha conquistado el reinado sobre todo lo existente en la tierra. Pero como apesar de su inteligencia es un ignorante, no ha comprendido en su falta de luz que todo lo existente tiene una utilidad, y en su despotismo que lo caracteriza se ha declarado señor de horca y cuchillo, destruyendo inútilmente las especies, olvidando que todas son necesarias para un estudio concienzudo que, hecho sobre sus individuos, serviría para los experimentos de la esencia, que tratando del origen del hombre tiene precisamente que continuar sus investigaciones, hasta tener la sanción de los hechos consumados.

El hombre, como animal, en nada se distingue de una multitud de especies, entre las que unas parecen estar dotadas de lealtad, otras de astucia, de actividad, de pereza, etc., etc. Además, el hombre abusa en la pasión, lo que hace que sea en esta parte inferior á los animales.